EL HIDALGO Y EL AMIGO DEL PAÍS

por

Pedro Laín Entralgo

I. Hidalgos y Amigos del País

Dos tipos humanos destacan éticamente, a mi modo de ver, en la sociedad civil de nuestro Antiguo Régimen: el Hidalgo y el Amigo del País. El Hidalgo es el hombre de Pavía, de Lepanto, de Flandes; por consecuencia, el varón avellanado y magro que, tizona al cinto, pasea su dignidad, su ensueño, acaso su hambre, camino de la pretensión cortesana cuyo logro permita vivir sin la deshonrosa servidumbre del trabajo mecánico. ¿Recordáis al hidalgo toledano de Azorín, cuando a las seis o las siete de la mañana deja para ir a misa su correoso lecho? «Coge la espada; y ya a punto de ceñirse el talabarte, la tiene en sus manos mirándola con amor, contemplándola cómo se contempla a un ser amado. Esa espada es toda España; esa espada es toda el alma de la raza; esa espada nos enseña la entereza, el valor, la dignidad, el desdén por lo pequeño, la audacia, el sentimiento silencioso, altanero.» Todo lo que en nosotros sea adolescente se irá, encandilado, tras la hazaña deslumbrante y la callada pena de nuestro Hidalgo. Pero su espada, la espada del Hidalgo, ¿es «toda España, toda el alma de la raza»?

Respondamos a Azorín con Azorín. Frente a ese hidalgo, pariente pobre de los que en el lienzo egregio de Santo Tomé entierran al Conde de Orgaz, pongamos a don Jacinto Bejarano, el cura de *Un pueblecito* —«hombre delicado, fino, inteligente, sensual; sensual como Montaigne»—; y ya en la línea de este don Jacinto, contemplemos los varones que desde la segunda mitad del siglo XVIII pueblan las listas de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País. Porque el Amigo del País, sin el brillo y el prestigio legendario del Hidalgo, es el segundo de los grandes tipos de nuestro mundo secular anterior a la Guerra de la Independencia.

La vascongada, la matritense y la aragonesa son las más nutridas y nombradas de esas Reales Sociedades. Pero acaso el espejito de una de las más pequeñas, la de Ávila —Georges Demerson nos la hizo conocer—, nos permita ver más de cerca a los hombres que las componen. Entre ellos están don Joaquín Miguel Agüero, don Francisco Solernou, don Juan Lorenzo Fernández y tantos otros; nobles algunos, clérigos no pocos, incipientes burgueses los demás. ¿Cómo son, qué pretenden, con qué sueñan? Leamos los estatutos que rigen su común empeño.

Quieren mejorar la agricultura, la industria, las viviendas, los caminos; aspiran a suprimir la mendiguez, la vagancia, la suciedad; se proponen fomentar la enseñanza de las letras y los oficios; sueñan, en suma, con que el bienestar, las luces y la cortesía sean realidad perdurable en su ciudad y en su patria. El Director habrá de poseer «las lenguas más usuales, para entender los escritos económicos de fuera y los extranjeros que presentaren inventos o memorias, para entablar correspondencia». Él y sus consocios serán personas afables, sencillas, laboriosas, libres de orgullo. En las juntas se sentarán sin prelación de estamento o cargo ajeno a la Sociedad: «el orden de los asientos se hará según vayan llegando los socios». En el curso de aquéllas «nada interrumpirá al que diserta, pues quien habla, mal puede hacerse cargo de lo que discurre si no se le deja concluir su proposición». Más aún: «no se permitirán disputas, ni personalidades (esto es, personalismos), ni jactancias». Un grupo de hombres devotos de las ciencias y las artes, abiertos a la vida de Europa, aficionados a la perfección laboriosa del mundo y, para colmo, enemigos de disputas, personalismos y jactancias. Desde la experiencia de lo que más tarde serán casi todo nuestro siglo XIX y no pequeña parte de nuestro siglo XX, una pregunta se nos levanta con vehemencia en el alma: «Santo Dios, ¿qué España es ésta?»

El Amigo del País, tipo histórico que en nuestra sociedad pretende sustituir al Hidalgo, es una criatura del siglo XVIII. Tenues, muy tenues raíces de él hay en los pocos hombres que en la España fantasmal de Carlos II aspiran a que los españoles, sin dejar de serlo, sin renunciar a lo que más esencialmente sean sus tradiciones propias, vivan entonces de manera real y no imaginaria, esto es, de manera europea: Saavedra Fajardo, los médicos Juan de Cabriada, Diego Mateo Zapata, Crisóstomo Martínez y los que en torno a don Juan Muñoz de Peralta se reúnen en Sevilla; los concurrentes a la tertulia preilustrada de don Juan José de Austria; los fabricantes de lentes de Barcelona; el puñadito de españoles inconformes y esforzados que la diligencia de José M.ª López Piñero, Francisco Aguilar Piñal y Gabriel Sánchez de la Cuesta, estos dos en lo que a Sevilla atañe, nos ha hecho conocer. Pero sólo después de Feijóo y Mayans, en los reinados de Fernando VI y Carlos III, llegarán esos levísimos gérmenes a cuajar en el bien determinado tipo social que, recogiendo el mote por él mismo adoptado, propongo llamar «Amigo del País». Le dan cuerpo real, antes lo he dicho, nobles y clérigos ilustrados, burgueses incipientes, artesanos distinguidos; casi todos los españoles para los cuales la letra impresa no se agota en los libros de devoción; todos aquellos para los cuales el pasado de su patria —el recuerdo glorioso de la España que murió en Rocroy y volvió a morir, ahora ya fratricidamente, en Almansa— debe ser, ante todo, «pasado», algo que sólo en la memoria y la crónica debe perdurar como presente. ¿Acaso no es posible que una gloria sea pasada sin dejar de ser gloria?

Cuando la consigna de «superar las guerras civiles» tanto se repite entre nosotros, tal vez no sea inútil seguir pensando sobre el triste destino final del Amigo del País, este enternecedor habitante de la España diociochesca.

II. Fracaso del Amigo del País

El Hidalgo y el Amigo del País —el miembro de aquellas Sociedades Económicas que alumbró nuestro siglo XVIII y tuvieron su cima en la Real y Vascongada— son, sin duda, los dos tipos más representativos de la vida civil de España, desde que ésta nace como Estado unitario hasta el término del Antiguo Régimen. (Quede aparte el Pícaro, no menos representativo, aunque bastante menos noble.) El Hidalgo y el Amigo del País, dos peculiares contribuciones españolas a la tipología psicosocial de la Europa moderna.

Ésta, la Europa moderna, será la que, ya desde antes de Rocroy, venza y haga fracasar al Hidalgo. «Todavía me pone en recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso», dirá una vez don Quijote, el más ilustre, ejemplar y tundido de los hidalgos españoles. Todos ellos hubieran podido hablar así; todos podrían haber visto en la pólvora y el estaño —esto es, en la técnica moderna, en la modernidad hecha ciencia y poderío— la causa de su derrota histórica, no sólo militar. Tenía que ser así, y cuanto no sea admitir esto y obrar en consecuencia, no pasará de ser falsa adolescencia o resentimiento soterraño, avena loca o secreta cizaña.

Mas también el Amigo del País fue vencido, también él fracasó. ¿Y por quién fue vencido el Amigo del País? ¿Qué es lo que le hizo fracasar? A mi juicio, dos causas concurrentes, esencialmente relacionadas entre sí.

La primera, su interna debilidad como personaje histórico y social, y por consecuencia la endeblez de los cuadros institucionales que en la vida pública le dieron cuerpo y figura. Con su inmovilismo, con sus privilegios heredados, con su enorme inadecuación histórica, los restos de la España tradicional, entre cuyos resquicios trataron de echar raíz las inermes y bienintencionadas huestes de las Sociedades Económicas, pudieron más que éstas; y no sólo porque desde algunos púlpitos y en algunas tertulias pías se clamase contra su existencia, sino, como acabo de decir, por el escaso volumen y la débil consistencia de los grupos de españoles que con tan buena voluntad las componían. Nadie más simpático —otra vez he recordado su ejemplo— que don Juan Lorenzo Fernández, avisado y animoso agricultor abulense que se afana por introducir un modelo de trillo capaz de aventajar «en un tercio de utilidad y en un duplo de económico coste» al del vallisoletano señor Herrarte. Pero sólo el pensar que ese pleito entre castellanos viejos se debate en la hora europea de Watt y Fulton, los inventores de la utilización mecánica del vapor, ¿no pone acaso una veta de tristeza en nuestra simpatía?

Segunda concausa, la crispación a que en el alma de esa España tradicional dio lugar la noticia de la Revolución francesa y, poco más tarde, ya en el orden de los hechos, la invasión napoleónica de nuestro suelo; esto es, la ya beligerante prepotencia de los restos de nuestro pasado que puso entre los muros del castillo de Bellver los huesos del pobre Jovellanos, el más eminente titular del suave espíritu reformador que animaba a los dieciochescos Amigos del País. Es cierto que la reacción de la poderosa España vieja se hizo perceptible tan pronto como

los portavoces de la reforma de nuestra sociedad y nuestro pensamiento, hable por todos Feijóo, comenzaron a tener cierta vigencia pública; pero no menos cierto es que ese malestar se hizo verdadera y golpeante crispación —claramente nos lo ha hecho ver Marías— a partir de 1790, y más aún a partir de 1808. ¡Pobre Amigo del País, irremisiblemente condenado entonces al dicterio de traidor, bien como «afrancesado», si aceptaba por igual a ilustrados y napoleónicos, bien, poco más tarde, como «liberal», aunque además fuese «patriota», si con su preferencia y su conducta distinguía entre unos y otros!

Vuelvo, sin embargo, a lo que antes dije: una interna, constitutiva debilidad histórica y social llevaba en su seno, desde su mismo nacimiento, el Amigo del País. ¿Por qué? ¿Qué había, para que así fuera, en la entraña histórica de España? Y después de su fracaso, ¿cómo ese delicado tipo de la españolía del Antiguo Régimen se deshilacha, diluye y modifica a través de violencias y extremosidades, de polémicas parlamentarias y batallas campales, en la frenética sociedad de nuestro siglo XIX? ¿Queda algo de él en la actual sociedad española? ¿Qué piensa y qué siente acerca del Amigo del País el español de hoy, si es que acerca de él siente y piensa algo? Preguntas y preguntas que nos llevan hacia dos metas, entre sí íntimamente conexas, pese a lo que parezcan decir algunas apariencias ocasionales: la índole de nuestra historia, desde que durante la Edad Media empezamos a actuar en el mundo como españoles, y los requisitos que hoy —hoy, no el siglo XVIII, ni el XIX— exige la reforma que a su modo y en su tiempo el Amigo del País quiso e inició.

Invito a mis lectores al ejercicio de responder por sí mismos a esa ráfaga de interrogaciones. Por mi parte, trataré de mostrar cómo a lo largo del siglo pasado rebrota con rostro nuevo el Hidalgo, y cómo durante los últimos lustros de él se inicia entre nosotros un nuevo tipo humano, en el cual la hidalguía y la amistad hacia el país van a mezclarse prometedoramente. Prometedora y problemáticamente, porque de su posible, pero no segura resurrección en este otro cabo de centuria —«cien años después», diré, recordando tópicas lecturas infantiles— depende que este pueblo nuestro salga al fin adelante. Algo, en suma, que a la hora en que escribo es a la vez una promesa y un problema.

III. Los hidalgos de nuestro siglo XIX

La perfección histórica de la vida terrena del hombre —más precisamente, el progreso histórico del hombre en la realización de su vida terrena— depende en primer término de la metódica aplicación de su voluntad al empeño de conocer y gobernar racionalmente la realidad del mundo y su propia realidad. A esto llamó «método» Descartes, en el *Discurso* insigne que consagra al tema. Con genial y vehemente entrega, esto había hecho Galileo, y esto harán luego los sabios a quienes se debe la actual transformación técnica del mundo. Menos geniales y menos vehementes que ellos, lo mismo pretendieron hacer en España, siguiendo el ejemplo de dichos sabios, nuestros beneméritos Amigos del País. Y como

desventurada consecuencia de un suceso desventurado —la agresiva crispación de la España teadicional a que dieron lugar la noticia de la Revolución Francesa y el choque de la invasión napoleónica—, en tal empeño fracasaron, hasta extinguirse, esos modestos y honrados operarios de la modernización del pobre país que sobrevivió al reinado de Carlos II y a la Guerra de Sucesión. Durante el siglo XIX y los primeros decenios del XX perduran en nuestras ciudades, es cierto, las Sociedades Económicas de Amigos del País; pero ninguna pasa de ser un resto melancólico y mortecino de lo que, cien años antes, para todas ellas habían soñado Peñaflorida en Guipúzcoa y Campomanes en Madrid.

¿Por qué la suma de esas dos concausas —reacción a la Revolución francesa, Guerra de la Independencia— impidió al Amigo del País su definitivo arraigo en la vida española? En un primer momento, porque la adhesión a los ideales de la Ilustración europea fue considerado delito de lesa patria por parte de quienes a sí mismos se sentían legítimos titulares y dueños absolutos de la españolía; muy poco después, porque el carácter desesperado y heroico de esa guerra hizo que el español considerase de nuevo «empresa de salvación» su actividad en la historia. Con lo cual vino a producirse, quién podía pensarlo treinta años antes, cuando tan probable se mostraba la incorporación de España a la Europa incipientemente burguesa, la reviviscencia de un tipo humano ya entonces por completo extinguido: el Hidalgo.

¿O no fue así? No se acabará de entender, pienso, la estructura de nuestro siglo XIX, si no se ve en sus dos tipos más caracterizadamente españoles, el liberal y el carlista, sendas y contrapuestas reencarnaciones tardías del hidalgo. Diré por qué.

Bajo Felipe III y Felipe IV, no digamos bajo Carlos II, el Hidalgo que pasea su dignidad y su ocio por las ciudades de Castilla es un añorante del sueño histórico encerrado en el famoso endecasílabo de Hernando de Acuña: «un Monarca, un Imperio y una Espada». Lo que entre Lepanto y la Invencible pudo ser, luego ya no, seguía operando como ilusión todavía no muerta en el seno de las conciencias que antaño lo habían soñado y de las que hogaño no se resignaban a ver sin pájaros aquellos nidos. La monarquía universal, más precisamente, una monarquía universal sólo basada sobre el esfuerzo bélicoheroico, no conquistada por el trabajo y la técnica, era la secreta Dulcinea de nuestros hidalgos del siglo XVII, luciesen sobre sus muros ricos blasones o no ciñese su cinto sino pobre espada, como el alférez Campuzano de *El coloquio de los perros*. Pues bien: con muy distinta Dulcinea, porque ya no podía vivir la que aún empapaba el aire velazqueño de *Las lanzas*, reencarnaciones de ellos fueron los españoles que en 1815, después de haber luchado encarnizadamente contra los franceses, encarnizadamente comienzan a luchar entre sí.

A un lado, el Hidalgo de la ucronía hacia el futuro, el puro liberal. No pueden ser más altos sus ideales; no es imaginable una conducta personal más limpia y abnegada que la suya; no cabe una confianza mayor en la eficacia histórica de la proclamación de aquéllos y en la ejecución de ésta. El definitivo imperio de la libertad hará al mundo feliz. Si la fidelidad a ella exige padecer hambre o derramar sangre, ahí estará nuestro liberal hidalgo. Tan grande es la virtualidad de ese

sublime ideal, que bastará pronunciarlo solemne y arriesgadamente, como una buena nueva, para que su mensaje se haga realidad sobre la tierra; no otra es la raíz del «pronunciamiento», en el sentido fuerte que esta palabra tuvo entre nosotros. ¿Y el trabajo? ¿Y el dominio del mundo mediante el esfuerzo cotidiano, la ciencia y la técnica? A diferencia del liberal francés o inglés de su época, nuestro liberal, el Hidalgo de la ucronía hacia el futuro, no se toma la molestia de pensar en tales cosas: el exaltado servicio a la causa de la Libertad —a su divina Dulcinea— será suficiente. Qué lejos han quedado los afanes intelectuales y prácticos del buen Amigo del País.

En el lado opuesto, el Hidalgo de la ucronía hacia el pasado, el carlista puro. Su ideal no es la libertad, en el sentido político del término, sino la restauración de una vida pública —más idílicamente soñada que históricamente conocida— en la cual el imperio social de la religión católica y la vigencia de las viejas costumbres españolas, esas que precedieron a la influencia nefasta de la descreída Europa ilustrada, devolverán a la patria su identidad y su honor. ¿Monarquía universal? ¿Cómo pensar en ella, aunque secretamente atraiga su eco, siendo lo que entonces son Francia, Inglaterra, Austria y Prusia? No. Al carlista puro, al Hidalgo de la ucronía hacia el pasado, le basta con extirpar de su país el liberalismo para hacer de España un huerto cerrado donde sin lesión sensible prosperen las viejas creencias y las leyes viejas. Algo le dice interiormente, sin embargo, que su ideal va contra la corriente de la historia, y ya para su esperanza civil no basta el «pronunciamiento», es necesaria la «partida». ¿Y un trabajo que no sea el puramente rural? ¿Y el cultivo metódico y eficaz de la ciencia y la técnica? También para el carlista han quedado lejos las virtudes del dieciochesco Amigo del País...

Frente al liberal puro, el carlista puro; frente al carlista puro, el liberal puro. Pero esta pureza no impide a ninguno de los dos la entrega al mutuo exterminio, tantas veces cruel. No será necesario acudir para descubrirlo a la copiosa galería de los personajes que pueblan las series centrales de los «Episodios» galdosianos; bastará recordar, no es chico el ejemplo, la competición de ferocidades entre el liberal Nogueras y el carlista Cabrera, éste en Rubielos y aquél en Tortosa. Idealismo y crueldad, reducción de la nostalgia soñadora del Hidalgo antiguo a nunca bien resuelta guerra civil, menosprecio de los hábitos que el Amigo del País trató de implantar; por igual se dio todo esto, durante nuestro siglo XIX, en el Hidalgo de la ucronía hacia el futuro y en el Hidalgo de la ucronía hacia el pasado. Ineludiblemente, una pregunta surge: ¿no era posible unir entre sí al Hidalgo y al Amigo del País, actualizando a uno y a otro?

IV. Los hidalgos de la regeneración

De los Hidalgos de nuestra ucronía ochocentista, el liberal puro y el carlista puro, podían esperarse idealismo, sacrificio personal o ferocidad, y ni aquéllos ni ésta fueron escasos por ambas partes entre 1815 y 1875; esto es, cuando la vida

histórica de España fue guerra civil latente o patente y pintoresquismo «a lo Merimée». Sí, ya sé que durante los veinticinco o los treinta últimos años de ese período se inicia la modernización del país: son construidos bastantes kilómetros de ferrocarril, se incrementa y perfecciona el laboreo de no pocas minas, se regula por Moyano la educación púlica, comienza la instalación de fábricas e industrias más o menos al día. Pero si se lee en Artola (*La burguesía revolucionaria,* 1973) cómo llegaron a ser realidad esos ferrocarriles, esas explotaciones mineras y esos talleres fabriles, y si por otra parte se considera, terrible dato, que en 1860 el número de analfabetos llegaba hasta el 80 por 100 de nuestra población total, tres convicciones surgirán al punto en el ánimo: que entre los modernizadores de la España decimonónica no era muy frecuente la moral del Hidalgo; que, en su doble y contrapuesta versión ochocentista, el Hidalgo no sabía vivir en ese tiempo; que el Amigo del País, tal y como éste quiso ser en el siglo XVIII, apenas tenía ya existencia social, no obstante haberse restablecido las Sociedades Económicas después de la muerte de Fernando VII.

Hacia 1875, ¿era posible una actualizada fusión del Hidalgo y del Amigo del País, los dos tipos sociales más nobles entre los integrantes del mundo secular de nuestro Antiguo Régimen? La pretensión redentora del Hidalgo y el amor del Amigo del País a las ciencias y a las artes útiles, ¿podrían reunirse sin conflicto y con oportunidad —esto es, en el nivel de la historia occidental correspondiente a la segunda mitad del siglo XIX— dentro de un mismo hombre? Quien considere el pasado de nuestro pueblo sabiendo ver a la vez los árboles y el bosque, necesariamente tendrá que hacerse esas preguntas. Y si, con perseverante fidelidad al espíritu que las inspira, sabe contemplar así la vida española comprendida entre 1875 y 1931, no menos necesariamente tendrá que darse a sí mismo y proponer a los demás una respuesta afirmativa.

En orden cronológico inverso al del paso del tiempo, léanse tres textos. El primero, de Cajal, cuando en 1905 toda la España culta conmemoró el tercer centenario de la publicación del *Quijote.* «El quijotismo de buena ley... tiene en España ancho campo en que ejercitarse: rescatar las almas encantadas en la tenebrosa cueva del error; explorar y explotar, con altas miras nacionales, las inagotables riquezas del suelo y del subsuelo; ... modelar y corregir, con el buril de intensa cultura, nuestro propio cerebro, para que en todas las esferas de la humana actividad rinda éste copiosa mies de ideas nuevas y de invenciones provechosas al aumento y la prosperidad de la vida... He aquí las estupendas y gloriosas aventuras reservadas a nuestros Quijotes del porvenir.» Pocos lustros anteriores a las encendidas palabras de Cajal, estas líneas de Giner de los Ríos: «Mientras no se despierte en las entrañas de nuestro pueblo y en las clases todas, en las familias, la juventud, los políticos, el profesorado, la conciencia de que la educación es una obra de severa responsabilidad, y no asunto de declamaciones hipócritas y de vulgarizadores de lugares comunes, tiene escaso interés discutir cuáles sean los más urgentes problemas que debieran acometer los Gobiernos.» O estas otras: «Sin la educación e instrucción de todas las clases sociales, la regeneración jamás podría lograrse.» Hacia 1876, en fin, escribía Menéndez

Pelayo: «La generación presente —está hablando el futuro don Marcelino, ya se comprende, de los hombres maduros de su tiempo: los que yo he llamado Hidalgos de la ucronía— se formó en los cafés, en los clubes y en las cátedras de los krausistas (y en las prosas de Ortí y Lara, habría que añadir, para que el opinante fuese enteramente fiel a su propio pensamiento); la generación siguiente —es decir, la suya— si algo ha de valer, debe formarse en las bibliotecas»; y en los laboratorios, hubiese añadido Cajal.

Tres españoles bien distintos entre sí, Cajal, Giner de los Ríos y Menéndez Pelayo; pero, a la vez, tres hombres en los cuales, con cuantas diferencias doctrinales y metódicas se quiera, coinciden de manera inédita y oportuna —más aún, de manera tan impensable en 1780, cuando en nuestra sociedad apenas quedan hidalgos a la antigua usanza y parecen florecer con brío renovador las Sociedades Económicas, como en 1840, cuando hay hidalgos al modo liberal y al modo carlista, pero apenas existen verdaderos continuadores de Peñaflorida o de Campomanes—, coinciden de manera inédita y oportuna, digo, el Hidalgo y el Amigo del País. Aquél, con la conciencia de que la entrega a un ideal poseerá eficacia redentora para el pueblo a que pertenece, y con el sentimiento de que tal entrega es un grave deber para toda alma bien nacida. Este otro, con la firme convicción de que sólo por el camino del trabajo cotidiano, la ciencia y la educación podrá lograrse la «regeneración de España» que durante los últimos lustros del siglo XIX y los primeros del XX se hizo entre nosotros máxima consigna nacional. «Es español el que no puede ser otra cosa», afirmó una vez el radical e ingenioso pesimismo de Cánovas; y aunque la obra de este gran estadista no pueda ser medida con el metro de tal frase, tampoco sin ella podría ser cabalmente entendida. «Sólo merece ser llamado español quien esté dispuesto a regenerar a su país mediante la ciencia, el trabajo y la educación», hubiesen respondido a una Cajal, Giner de los Ríos y Menéndez Pelayo.

Ya se han fundido entre sí, en el nivel histórico de la Europa de 1900, el Hidalgo y el Amigo del País. Otra pregunta se impone: después de 1900, ¿qué va a ser de esa valiosísima y prometedora aleación intelectual y ética, tan impensable e imprevisible cincuenta años antes? Éste, precisamente éste es el más importante de nuestros problemas, por debajo de las atrocidades de los terroristas y de las disquisiciones semánticas o tácticas sobre la «reforma» y la «ruptura».

V. Cien años después

Un tipo histórico nuevo entre nosotros, el Hidalgo de la regeneración, surge en la sociedad española posterior a 1875. En tanto que hidalgo, este hombre cree en la virtud salvadora, redentora, de la empresa a que entrega su vida y su esfuerzo; pero esta empresa suya no es ya la ucronía hacia el futuro del hidalgo liberal, ni la ucronía hacia el pasado del hidalgo carlista, sino un cultivo entusiasta, cotidiano y oportuno —fiel, por tanto, a su tiempo histórico— de la coherente trinidad que forman el trabajo, la ciencia y la educación. Cada uno a su modo,

Cajal, Giner de los Ríos y Menéndez Pelayo son tres ejemplares de ese singular Hidalgo de la regeneración. Como ellos, varios más, con Joaquín Costa a su cabeza. No los suficientes para que España saliese de la postración a que la habían llevado la Guerra de la Independencia y sesenta años de guerra civil latente o patente. No suficientemente eficaces, en definitiva, para que las minorías rectoras de nuestra sociedad, incluidas las que en sus discursos más hablaban de «regeneración», hiciesen suyo el ánimo neoquijotesco —¿no se trataba acaso de la cuarta salida de un Don Quijote cuerdo?— conque ese pequeño y ejemplar grupo de españoles compareció en la escena histórica.

Todo un rosario de preguntas salta ahora ante nosotros. ¿Por qué fracasaron los hidalgos de la regeneración y una más terrible guerra civil ensangrentó de nuevo nuestra tierra? Respecto del destino histórico de España, ¿qué relación existe, que alguna hay, entre ellos y los hombres del 98? ¿Hasta qué nivel de su historia ha habido en la vida española «hidalgos de la regeneración», aunque esta palabra perdiese durante el primer decenio del siglo XX el sentido de consigna social que hasta entonces venía teniendo? ¿Qué había en los hidalgos de la regeneración y qué no había en nuestros políticos, desde Cánovas hasta Azaña, para que la relativa paz interior subsiguiente a 1875, con todo el relativo progreso material e intelectual que trajo consigo, fuese en rigor una cicatrización en falso?

Invito a mis lectores a buscar por su cuenta respuestas oportunas. Sólo el hecho de tomar en serio esas interrogaciones y todas las que en la misma línea puedan ser formuladas, será una garantía de que en sus almas ya se ha producido la «superación de la guerra civil» por la que tanto decimos de afanarnos o que frívolamente damos ya por lograda. Yo quiero limitarme hoy a consignar un aserto y a formular una propuesta.

Consiste aquél en afirmar que «hidalgos de la regeneración» —sin apelar, por supuesto, a esta palabra; lejos ya de la retórica decimonónica con que Cajal proclamó el quijotismo del trabajo y de la ciencia; con cierta ironía intelectual, autoironía, por tanto, frente a las notas que más arriba describen la condición anímica del hidalgo— los ha habido en España con posterioridad a los hombres del 98. (En lo que a éstos atañe, dígaseme si Unamuno no fue un Quijote de la regeneración ético-religiosa de su país.) Leo textos del Ortega anterior al fracaso de su nobilísima Liga de Educación Política Española, y en él encuentro uno de tales hidalgos, bien que plenamente instalado en el nivel histórico de la Europa de 1902 a 1914. «Si algún día viniera alguien y nos descubriera el perfil del estilo de Cervantes, bastaría con que prolongáramos sus líneas sobre los demás problemas colectivos para que despertáramos a nuestra vida», escribió Ortega en 1914; y con sus hermosas palabras estaba confirmando mi tesis. Otro tanto podría decirse del Eugenio d'Ors anterior al fracaso de la empresa cultural que inició junto a Prat de la Riba; o del Marañón que ante la Asociación de Obreras Cordobesas pronunció en el año 1922 su conferencia «Comentarios a una vida ejemplar»; o del Américo Castro —del cual tantos hablan sin haber querido o sin haber sabido leerle— anterior y posterior a *La realidad histórica de España*. Sí: con estilos y mentalidades diferentes, muy distantes ya del «regeneracionismo», de fines del siglo pasado,

hidalgos de la regeneración por la ciencia, la educación y el trabajo ha seguido habiendo entre los españoles de nuestro siglo. Y en torno a ellos, políticos y más políticos sordos al mensaje de esa neoquijotesca y cuerda forma de la hidalguía.

Mi propuesta, la propuesta con que quiero dar término a estas tal vez largas y reiterativas, pero no inoportunas reflexiones, será a un tiempo ambiciosa y condicional. Un «si» condicional va a ser, en efecto, su comienzo. «Si los españoles de hoy no somos capaces de actuar en el nivel de nuestra historia y con arreglo a la ética de los hombres en quienes hace cien años se fundieron lo mejor del Hidalgo y lo mejor del Amigo del País —tal es la condición y tal es la ambición de esa propuesta mía—, entonces de nuevo cicatrizarán en falso nuestras heridas, y seguirá siendo enemigo el discrepante, y viviremos de ideas y de técnicas importadas, y un insidioso clima de guerra civil fría será el que en definitiva presida nuestra convivencia.» Se trata, pues, de saber y no olvidar en qué consiste lo mejor del Hidalgo y lo mejor del Amigo del País.

Lo mejor del Hidalgo: vivir con la convicción —o proceder como si se la tuviese, a la manera del cura de *San Manuel Bueno, mártir*— de que la entrega denodada a la tarea propia contribuye salvadoramente a la adecuada instalación de España en la historia de la humanidad; porque salvador puede llamarse a ese empeño después de lo que durante casi doscientos años, desde los inmediatamente posteriores a Carlos III, ha venido siendo nuestra existencia colectiva. Lo cual no supone la renuncia al refrigerador y al «ciento veinticuatro», pero sí exige hacer del refrigerador y del «ciento veinticuatro» el suelo sobre el cual se levante la actual aventura neoquijotesca: hacer creadoramente filosofía, bioquímica o lingüística, levantar una fábrica cuyos productos puedan presentarse sin desdoro junto al Sena, el Rhin o el Támesis, enseñar ciencia al día, regir una oficina pública con eficacia, decencia verdadera y conciencia misional.

Lo mejor del Amigo del País: actuar en la vida sabiendo que la perfección propia y la del mundo en torno tienen su mejor fundamento en el laborioso esfuerzo de cada día —el trabajo bien hecho, realización cotidiana del heroísmo, heroísmo sin prisa y sin gesto— y no olvidar, como a veces olvidan los operarios de las artes útiles y los políticos «de realidades», que sólo siendo forma operativa de una buena teoría puede ser realmente buena y eficaz una praxis. Sin las elucubraciones teoréticas de los Einstein y los Planck, ¿hubiesen sido luego posibles las centrales eléctricas nucleares?

Cien años después de Cajal, Giner de los Ríos, Menéndez Pelayo, Costa, Pablo Iglesias y Torres Quevedo, ¿nos será posible inventar odres nuevos para un vino nuevo, el vino en que se actualice aquel excelente pero insuficiente vino viejo que nuestros abuelos fueron?